

Misa Dominical

Para la celebración dominical y la pastoral litúrgica

28 de junio, 5, 12 y 19 de julio de 2020

MD 2020 / 09

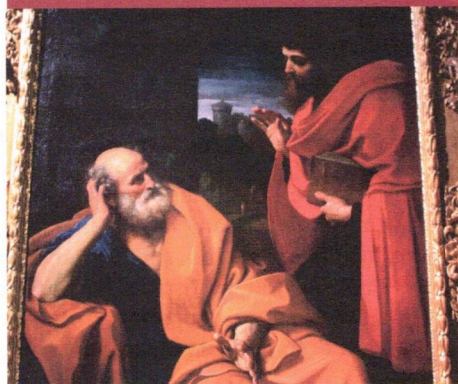
UN VERANO TAMBIÉN DIFERENTE

Arrastramos un final de curso muy diferente. La oportunidad de experimentar el silencio, la interiorización... También el riesgo de ver cómo las nuevas tecnologías —una gran ayuda para mantenernos en contacto— pueden ser un lastre que nos dificulta encontrar un tiempo para descansar. Ahora estamos en esta época estival que tantas veces ha sido sinónimo de descanso: el verano como un tiempo para encontrar tiempo para descansar. En verano, este, también diferente. El nuevo número de *Misa Dominical* que tenéis aquí nos puede hacer fijar en que el reposo no es lo que ocurre entre una cosa y otra: es del todo necesario para nuestro bienestar físico y también espiritual.

Tenemos dos fiestas: una al inicio y la otra la final de esta serie de domingos del tiempo ordinario, un período más bien tranquilo en cuanto a celebraciones. La primera: san Pedro y san Pablo (29 de junio). Dos apóstoles centrales en nuestra fe y hasta cierto punto complementarios. Pedro, defensor de la Tradición. Arraigado en el judaísmo, seguidor de Jesús desde los inicios de la predicación. Pablo, convertido después de haber odiado y perseguido, abierto al mundo griego, atento a los signos de los tiempos. Juntos nos invitan a saber extraer del tesoro que es la fe cosas nuevas y cosas viejas (cf. Mateo 13,52). La segunda: Nuestra Señora del Carmen (16 de julio). En ella se aferra la esperanza de tantos que en medio de tempestades claman por un puerto, un refugio. Nos empuja a ir siempre más allá. Nos enseña a mirar el horizonte con confianza y a sentirnos acompañados (cf. Sl 139,9-10).

Que las vacaciones no han de ser sinónimo de no hacer nada.

D. 13 del tiempo ordinario / A
D. 14 del tiempo ordinario / A
D. 15 del tiempo ordinario / A
D. 16 del tiempo ordinario / A



MIQUEL ÁLVAREZ

UNA LITURGIA PARA EL HOMBRE DE HOY

No hay duda de que la liturgia, su celebración y su teología, es agua viva para el hombre del siglo veintiuno, sediento de Dios. La liturgia es más que una celebración, es mucho más que una ceremonia; la liturgia es teología y, por tanto, vida fresca para el cristiano; es manantial donde saciar su sed de Dios, es arroyo de agua fresca donde beber la vida que colma el espíritu del hombre de hoy. El cristiano no puede prescindir de esta fuente de agua viva que sacia su sed de Dios.

Para ello necesita fe, una convicción profunda de que la sagrada liturgia es «fuente y cumbre de la vida de la Iglesia» (SC 10). Si el cristiano abandona esa fuente debería examinar su identidad; si busca alimentarse en otras fuentes, debería sentirse interpelado; si desprecia la liturgia, su vida cristiana carece de fundamento. Si la busca, está en el buen camino; sigue el sendero que inició con el bautismo y que encuentra su sentido y orientación en la celebración dominical de la Eucaristía.

El problema surge en el compromiso que conlleva la celebración, en la vida exigente que brota de la celebración y la sigue. Es preocupante que los jóvenes abandonen este manantial y busquen suplirlo con otras alternativas. Es un reto importante para los pastores recu-

perar y saber presentar con autenticidad y sin paliativos el profundo sentido de la liturgia. La liturgia es encuentro con Cristo y con los hermanos; es vivencia cristiana desde la fe y la caridad, animados por la esperanza de que podemos, y debemos, construir un mundo mejor y más fraterno.

Ya han pasado cincuenta años desde que se aprobó la constitución *Sacrosanctum Concilium* y pervive el riesgo de culpar a la reforma y renovación litúrgica de algunos de los males que afectan a la Iglesia. Tal planteamiento es equivocado. Quien desprecia la liturgia renovada tras el concilio Vaticano II es porque no la conoce suficientemente; desconoce incluso su base bíblica, histórica y tradicional. Quienes viven de la nostalgia del pasado, o de un cierto romanticismo, siempre presente, olvidan que la liturgia es la epifanía de la Iglesia, su manifestación; camina con ella y la va marcando el paso de cada día y de las etapas de la vida cristiana. La liturgia que surge del Vaticano II refleja la Iglesia del Vaticano II, como la reforma tridentina reflejó la Iglesia del concilio de Trento. A cada tiempo le corresponde su liturgia, como le corresponde su concepto de Iglesia.

El pasado mes de febrero se concedió el VI Memorial Pere Tena al P. Juan Javier Flores, monje benedictino de Sto. Domingo de Silos y eminente liturgista. El CPL ha publicado recientemente su libro *La belleza de la liturgia* (Biblioteca Litúrgica 60), a partir del cual el mismo padre Flores pronunció su conferencia el día de la entrega. Hoy, y en próximos entregas de MD,

os ofreceremos algunos fragmentos de la misma.



Me considero hombre del concilio Vaticano II, de su eclesiología y de su liturgia; de su teología y de su espiritualidad; de su moral y de su concepción del mundo y del hombre. No añoro el pasado, sino que vivo el presente y miro hacia el futuro. Que algunos grupos minoritarios quieran volver atrás, además de triste, evidencia una carencia, una insuficiencia. Querer vivir la Iglesia del siglo XXI con la liturgia del siglo XVII resulta un contrasentido; a cada siglo su liturgia y su Iglesia. Quienes hemos nacido con el Vaticano II preferimos su liturgia y su eclesiología. No soy nostálgico del pasado, ni añoro el ayer. Creo que el Espíritu Santo guía a la Iglesia y con ella su liturgia. El mismo Espíritu que iluminó los veinte concilios ecuménicos, ha irradiado en el veintiuno y ha permitido una liturgia en la que la Iglesia se expresa y celebra a su Señor.

En algunas críticas a la reforma litúrgica y su forma de celebración percibimos un persistente malentendido o un rechazo a la eclesiología renovada. Sería profundamente contrario a la doctrina de la *Sacrosanctum Concilium* y de la *Lumen Gentium* volver a una división, aunque solo velada, entre fieles laicos y ministros ordenados; dicho con una imagen, entre presbiterio y nave. Más bien es necesario promover con mayor ahínco la corresponsabilidad de todo el cuerpo de Cristo, que vive en los cristianos y que se articula en variedad de tareas y servicios.

Tampoco estaría en sintonía con el auténtico espíritu del concilio Vaticano II infravalorar la importancia de las Iglesias particulares. Es seguro que el profundizar en la comprensión teológica de estos temas fundamentales seguirá aportando frutos abundantes.

Sé que nuestra liturgia de hoy tiene sus raíces en el ayer y se proyecta hacia el mañana. La reforma litúrgica es irreversible, no tiene marcha atrás. El papa Francisco lo expresó admirablemente bien en su discurso al Centro de Acción Litúrgica, en agosto de 2017.

Ciertamente podemos decir que, en lo referente a la sagrada liturgia, la reforma promovida por el concilio Vaticano II ya terminó. No debemos esperar más novedades, ni cambios espectaculares que nos hagan volver a una situación de expectativa. Queda aún pendiente asimilar el espíritu de la constitución conciliar y, sobre todo, la riqueza teológica, celebrativa, pastoral y espiritual que contienen los nuevos libros litúrgicos ahora vigentes.

Hemos entrado en una etapa que podemos considerar de «pastoral y espiritualidad litúrgica». Ahora lo que se pretende es revivir la reforma con la pretensión de aprovechar todo su contenido, en gran parte todavía desconocido, y hacer de la liturgia la fuente de la vida y de la vitalidad de la Iglesia. Se necesitará un esfuerzo pastoral, trabajo de formación, que ayude a todos a un mejor conocimiento de la realidad litúrgica posconciliar. No se debe dar por clausurado el taller en el que se forjó la reforma litúrgica. Aún le quedan tareas por cumplir.

JUAN JAVIER FLORES

La belleza de la liturgia. Contemplar la hermosura de Dios, *Biblioteca Litúrgica*, 60. CPL, 2020. En el capítulo I: «La liturgia en el corazón de la Iglesia»

LITURGIA IMPREGNADA DE NATURALEZA

Nuestra liturgia está plagada de símbolos poderosos. Vislumbrar en un elemento de la naturaleza un signo de la presencia de Dios es una acción religiosa esencial. En la noche de Pascua se resalta, por ejemplo, el fuego como elemento de la resurrección y de la vida. Las velas, siempre encendidas, nos recuerdan este fuego devorador que restaura la vida en la Pascua de Cristo y que sigue dándonosla en cada celebración. El agua, bendecida, marca el nacimiento de los cristianos recordando la sangre y agua brotados del costado de Cristo en la cruz.

El pan y el vino son también elementos de la naturaleza, pero trabajados por nuestras manos. En la liturgia reconocemos el movimiento de transformación que incluye el agradecimiento a Dios por todo lo que nos da, la ofrenda de nuestro trabajo y la transformación como acción de Dios: «Bendito seas, Señor, Dios del Universo, por este pan, fruto de la tierra y del trabajo del hombre, que recibimos de tu generosidad y ahora te presentamos: él será para nosotros pan de vida». El pan, de nuestra tierra y nuestro trabajo, es transformado por Dios en fuente de vida.

Y así podríamos continuar con innumerables signos.

Pero no solo los distintos elementos de la naturaleza por separado son susceptibles de significación litúrgica. La ofrenda eucarística recuerda que «todo» viene de Dios («De tu mano hemos

recibido estos dones...») y que todo encuentra en Él su bendición y energía. Como afirmamos cada vez que cantamos el santo: «Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria». Cantamos de esta manera la alegría de que todo lo que vive está lleno de la bendición y presencia del «Señor del universo».

La liturgia nos recuerda así que todo procede de Dios, que todo vuelve a Dios para recibir en Él una bendición y que todo traduce la gracia de Dios. La creación entera está «llena de la gloria» y, de esta manera, habla de Dios: «Los cielos narran la gloria de Dios, el firmamento canta toda tu obra. Corre ya su voz a los confines del mundo» (Salmo 18).

Desde esta comprensión sacramental de todo cuando existe, cuidar y proteger la creación no ha de responder a una ética impuesta, sino que es la consecuencia de reconocer que la tierra es nuestra hermana (Francisco de Asís), nuestra casa común (papa Francisco) y que compartimos con ella el ser creados por Dios, sin el cual nada existiría. Como nos animan muchos salmos, y por citar uno escogemos el salmo 99, toda la creación se eleva constantemente en una liturgia festiva: «Aclama al Señor, tierra entera, servid al Señor con alegría, entrad en su presencia con vítores. Sabed que el Señor es Dios: que él nos hizo y somos suyos».

PAULA DEPALMA

Artículo publicado en Galilea. 153 número 8

EL PAPEL DEL LAICADO EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO



«Nuestro camino como Iglesia diocesana nos conduce hoy a la conclusión de que nos urge el fortalecimiento y el crecimiento de los laicos, de los fieles bautizados, miembros del Pueblo de Dios, que tienen una misión específica en la Iglesia y en el mundo... Crecimiento en "calidad", crecer en autenticidad, en conocimiento, en experiencia, en vida, en profundidad... Soñamos en convertirnos en Pueblo de Dios activo y fecundo, donde los laicos experimenten la alegría de creer y sean capaces de hacer presente en el mundo la luz del Evangelio. Que el Espíritu nos sostenga en esta esperanza» (Mons. Agustí Cortés, obispo de Sant Feliu de Llobregat, en la presentación del objetivo diocesano 2019-2020).

El Concilio Vaticano II (Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*) cambió la concepción ecle-

siológica, con una nueva Teología del laicado. Antes el concepto era piramidal, de arriba hacia abajo (papa, obispos, sacerdotes, pueblo). Ahora se ha recuperado el concepto de Iglesia como Pueblo de Dios (LG, capítulo II), asamblea, comunidad. También podemos decir que la Iglesia es Cuerpo de Cristo (1Cor 12), donde Cristo es la cabeza y nosotros sus miembros. Todos los cristianos por el Bautismo hemos recibido el mismo Espíritu Santo, y por lo tanto compartimos la dignidad de hijos de Dios, aunque después cada uno tiene su carisma, su papel, su función.

Todos participamos del sacerdocio común de Cristo (LG núm. 10), aunque exista también un sacerdocio ministerial (por el sacramento del orden). De ahí nacen también los conceptos de corresponsabilidad, participación, sinodalidad...

En la Iglesia, incluso en la liturgia, existen diversos ministerios (oficios, funciones, servicios) laicales, además de los propios de los ministros ordenados (obispo, sacerdote y diácono), y podemos decir que toda la asamblea es celebrante. La Iglesia somos todos, cada uno está llamado (vocación) a participar activamente desde su lugar, su situación, sus posibilidades. El papa Francisco está recuperando y potenciando este concepto de Iglesia y de laicado cristiano.

El laicado debe participar en la misión evangelizadora de la Iglesia, debe tomar conciencia de su vocación: dar testimonio de la fe y comprometerse en la transformación de la sociedad a partir de los valores del Evangelio. No se trata solo, pues, de un compromiso dentro de

la Iglesia, sino también en las realidades humanas, haciéndose presente de forma significativa en el mundo; la misión propia del laicado cristiano es convertirse en apóstoles en medio de la sociedad.

Para alcanzar esta condición de laico cristiano activo y comprometido es necesario un trabajo de formación, de concienciación, de profundización. Mons. Joan Planellas (arzobispo de Tarragona) hace siete propuestas para alcanzar el «perfil genuino» del laico cristiano hoy: seguidor de Cristo; al servicio del Reino de Dios; miembro activo y responsable enviado al mundo; fundamentado en la Palabra de Dios y en la Eucaristía; viviendo con radicalidad evangélica; en constante formación.

Tres textos para la reflexión:

1 Los laicos congregados en el Pueblo de Dios e integrados en el único Cuerpo de Cristo bajo una sola Cabeza, cualesquiera que sean, están llamados, a fuer de miembros vivos, a contribuir con todas sus fuerzas, las recibidas por el beneficio del Creador y las otorgadas por la gracia del Redentor, al crecimiento de la Iglesia y a su continua santificación. Ahora bien, el apostolado de los laicos es participación en la misma misión salvífica de la Iglesia, apostolado al que todos están destinados por el Señor mismo en virtud del bautismo y de la confirmación. Y los sacramentos, especialmente la sagrada Eucaristía, comunican y alimentan aquel amor hacia Dios y hacia los hombres que es el alma de todo apostolado. Los laicos están especialmente llamados a hacer presente y operante a la Iglesia en aquellos lugares y circunstancias en que solo puede llegar a ser sal de la tierra a través de ellos [113]. Así, todo laico, en virtud de los dones que le han sido otorgados, se convierte en testigo y simultáneamente en vivo instrumento de la misión de la misma Iglesia «en la medida del don de Cristo» (Ef 4,7).

CONCILIO VATICANO II (1964),
Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium*, núm. 33

2 El Concilio Provincial Tarraconense reconoce que la participación del laicado en la misión evangelizadora es una de las prioridades y uno de los retos más importantes de la Iglesia contemporánea. Los laicos y laicas, «en cuanto incorporados a Cristo por el bautismo, integrados al Pueblo de Dios y hechos partícipes, a su modo, de la función sacerdotal, profética y real de Cristo, ejercen en la Iglesia y en el mundo la misión de todo el pueblo cristiano en la parte que a ellos corresponde» (LG núm. 31). Este reto del Concilio Vaticano II sigue siendo una realidad candente en nuestros días. Hay que realizar una tarea de concienciación y de formación de todos los cristianos y cristianas de cara a vivir con coherencia la fe y la vida, a poder dar razón de la esperanza y a dar testimonio del amor de Dios. Las exhortaciones apostólicas *Evangelii nuntiandi* de Pablo VI (1975) y *Christifideles laici* de Juan Pablo II (1988) han instado a toda la Iglesia a hacer realidad esta llamada del Concilio Vaticano II que, en definitiva, es una llamada a permanecer fieles al Evangelio (Mt 28,19-20). Por ello el Concilio hace una llamada urgente a todos los sujetos de la pastoral, de una manera muy especial a los sacerdotes, a los diáconos, a los religiosos y religiosas, y a los laicos y laicas que ejercen responsabilidades:

- A mantener una voluntad eficaz para que todo el laicado tome conciencia de su responsabilidad evangelizadora allí donde se encuentre.
- A animar al mayor número posible a organizarse de acuerdo con los diversos carismas existentes en la Iglesia, siguiendo la doctrina del Vaticano II y de los documentos posteriores del Magisterio, con el fin de alcanzar la formación necesaria para poder dar testimonio de la fe y desarrollar su santificación en las situaciones ordinarias de la vida (trabajo, familia, medio ambiente, vida social, cultural, política...), con una actitud transformadora de la sociedad de acuerdo con los valores evangélicos.

CONCILIO PROVINCIAL TARRACONENSE (1995), Resolución 25

Algunas citas bíblicas:

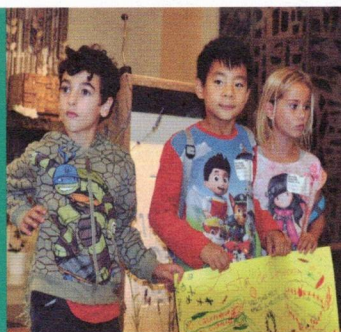
Lc 5,1-11. Jesús llama a los primeros discípulos.

Mt 5,13-16. Sal de la tierra y luz del mundo.

Mt 25,14-30. La parábola de los talentos.

Mt 28,16-20. Llamados y enviados.

1Cor 12. Iglesia Cuerpo de Cristo.



3 Los laicos son simplemente la inmensa mayoría del Pueblo de Dios. A su servicio está la minoría de los ministros ordenados. Ha crecido la conciencia de la identidad y la misión del laico en la Iglesia. Se cuenta con un numeroso laicado, aunque no suficiente, con arraigado sentido de comunidad y una gran fidelidad en el compromiso de la caridad, la catequesis, la celebración de la fe. Pero la toma de conciencia de esta responsabilidad laical que nace del Bautismo y de la Confirmación no se manifiesta de la misma manera en todas partes. En algunos casos porque no se formaron para asumir responsabilidades importantes, en otros por no encontrar espacio en sus Iglesias particulares para poder expresarse y actuar, a raíz de un excesivo clericalismo que los mantiene al margen de las decisiones. Si bien se percibe una mayor participación de muchos en los ministerios laicales, este compromiso no se refleja en la penetración de los valores cristianos en el mundo social, político y económico. Se limita muchas veces a las tareas intraeclesiales sin un compromiso real por la aplicación del Evangelio a la transformación de la sociedad. La formación de laicos y la evangelización de los grupos profesionales e intelectuales constituyen un desafío pastoral importante.

Papa FRANCISCO (2013),
Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* (La alegría del evangelio), núm. 102

Cinco preguntas para la reflexión personal y en grupo:

1. ¿Me siento llamado y enviado por Jesús?
2. ¿Me siento corresponsable de la Iglesia? ¿Me miro las cosas desde fuera o me implico? ¿Qué compromisos y servicios asumo? ¿Los llevo a cabo con responsabilidad y espíritu de comunión?
3. ¿Doy testimonio de la fe en mi vida, en los lugares en los que me muevo? ¿Me comprometo en el mundo con mi condición cristiana?
4. ¿En qué debería mejorar mi condición de cristiano laico (según el modelo propuesto por el obispo Planellas)?
5. ¿A qué me está llamando Jesús? ¿Qué me pide?

¿LITURGIA VERSUS ESPIRITUALIDAD?

El otro día escuchaba una conferencia muy y muy sugerente de una persona joven, culta, con tres carreras universitarias, un compromiso acreditado al servicio de los demás y una espiritualidad trabajada. Sin postureo. Con toda la autenticidad.

Hablaba del necesario equilibrio entre la acción, la espiritualidad y la formación, algo que comparto del todo. Sin embargo, algo rechinó en mi interior, y mis neuronas, domesticadas en el Centre de Pastoral Litúrgica, donde trabajo, saltaron: ¿espiritualidad? ¿Cómo es que no habla de liturgia? En caliente, me salió reivindicar allí mismo la liturgia, por su carácter comunitario y de presencia y memorial deseado explícitamente por Jesucristo, contraponiéndola a la espiritualidad (más individual y diversa aunque igualmente necesaria). Encontré res-

puesta en algunas personas presentes en la sala, que pusieron en duda la eficacia (si se puede llamar así) de unas misas, decían, muy aejadas del lenguaje y de la vida de los hombres y mujeres de hoy. Encajé una gran goleada.

Un poco más en frío. pensé que algo no va bien cuando la liturgia no aparece espontáneamente en la lista de «cosas importantes» en la vida cristiana de mucha gente que hace todo el posible para vivir su fe a fondo y de manera coherente. Solemos hacer revisión de vida, estudios de evangelio, ejercicios espirituales, oraciones de muchos tipos; hay el que ora el Rosario o el que hace meditación en silencio, pero la liturgia es otra cosa.

Lo expresa muy bien Goffredo Boselli, en un libro que acabamos de publicar en el CPL (*El sentido espiritual de*



la liturgia), cuando dice que el camino del conocimiento de la Escritura que han hecho muchos cristianos y que han conseguido que la Biblia sea fuente de espiritualidad para mucha gente, no ha existido para la liturgia. Y que sería necesaria una especie de *lectio liturgica* para aproximarnos, por ejemplo, al significado de la plegaria eucarística, que acostumbra a pasar desapercibido para muchos de los participantes en las misas. Quizá porque vivimos una vida sacramentalmente disociada de los momentos vitales importantes, y la sentimos muy distante. En la historia de la liturgia, me decía hace poco un amigo liturgista, nunca han llegado a «funcionar» a la vez todos los sacramentos. Cuando arreglamos uno, estropeamos otro. Durante muchos años, comulgar era cosa de pocos y muy de vez en cuando. Mientras que esto ha mejorado,

el sacramento de la reconciliación se ha descuadrado. Como mínimo en la Iglesia occidental, no terminamos de encontrar una mistagogia satisfactoria (este camino de iniciación vital al misterio pascual) y nos quedamos en un tipo de rito de trámite. Lo mismo dice José Manuel Bernal en otra publicación reciente del CPL (*Rescatar a la liturgia*). Por poco que os interese el tema, encontraréis artículos muy cortos que ayudan a comprender mucho mejor la liturgia desde la perspectiva de los cristianos con pocos conocimientos teológicos o litúrgicos como yo misma. En fin, creo que transmitir el gusto por la liturgia es uno de los retos más importantes que tiene hoy la Iglesia.

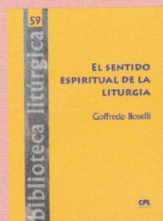
MERCÈ SOLÉ

Artículo publicado en Catalunya Cristiana, noviembre de 2019

El sentido espiritual de la liturgia

Por Goffredo Boselli

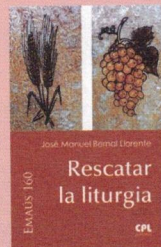
Boselli, a través de diversos artículos, propone una lectura mistagógica de algunas partes de la celebración eucarística y al mismo tiempo actualiza el sentido de la liturgia como modo de ser Iglesia y como manantial de ética social y evangelizadora (23,00 €).



Rescatar la liturgia

Por José Manuel Bernal

Revitalizar la celebración litúrgica en nuestras Iglesias es el objetivo de este libro. Se trata de escritos breves e incisivos, que plantean preguntas a veces incómodas o que intentan responder a cuestiones que los cristianos un día u otro nos hemos planteado (15,00 €).





¡Reverendo, vaya modales!

Del libro de Mario
Delpini, arzobispo de
Milán, *Reverendo che
maniere!*

Memento praepositum vestrorum. Las relaciones con los superiores

El ministerio que Jesús nos ha confiado pesa mucho: por eso hemos de llevarlo juntos, educarnos a un espíritu de compartir fraternalmente, venciendo la presunción que lleva al protagonismo, la timidez que impide la franqueza, la sospecha y el resentimiento, que no son comportamientos cristianos. No está bien por tanto que un sacerdote se considere árbitro irrefutable de sus decisiones o amo inamovable de su encargo y piense: «¡Los superiores nunca están, están lejos, no conocen cómo son las cosas: y no vienen aquí a resolver los problemas!». Es mucho más conveniente que tanto el sacerdote como sus superiores y sobre todo la comunidad que debemos servir, hagan un discernimiento común de lo que es más oportuno y más urgente: de este discernimiento ni los superiores ni los más directamente interesados pueden pretender el monopolio.

No seáis como aquellos que agitan los ánimos y siembran descontento: creen tener soluciones infalibles para cada problema, solo porque se imaginan una realidad dócil a sus deseos, sin haber cargado nunca con el peso de la responsabilidad. Dicen por ejemplo: «Sería tan sencillo hacer más

viva la comunidad, prever el escaso número de sacerdotes: bastaría con distribuirlos como yo digo, que la gente fuera diferente, que las iglesias estuvieran construidas en otros lugares. Y después bastaría con leer el libro que yo he escrito... ¿Pero los superiores no entienden estas cosas!».

Hemos de preferir la colaboración a que prevalega nuestro punto de vista. La colaboración exige una franqueza que no puede confundirse con la insolencia, pero que evite formas tan tortuosas de decir la verdad que acaben por decir medias mentiras: y hay tentaciones que afectan tanto a los curas como a sus superiores. Si cuando se asigna un encargo se declara que hay deudas por dos millones de sextercios y se olvida decir que se consideran ya acabados y pagados los trabajos que todavía han de comenzar y que todas las esperanzas están puestas en la feliz conclusión de una venta para la que no se ha presentado todavía ningún comprador, ciertamente no se hace un buen servicio al pobre que deberá hacerse cargo de las deudas del predecesor, sin tan solo sospechar su entidad.

TIEMPO DE PRUDENCIA, PACIENCIA Y ESPERANZA ACTIVA

La crisis sanitaria y económica que desde hace meses nos está asolando a todos y, de manera más vehemente a los más pobres, no puede dejar de ser un referente obligado en nuestras celebraciones cristianas. Más aún, ha de ser un tiempo de ejercicio de aquellas virtudes que pueden fortalecer los compromisos que manan de la fe y de actitudes humanitarias.

Los cuatro domingos que contiene este envío nos ponen en línea de respuesta, y los definiría con cuatro titulares extraídos de las homilías publicadas por esta editorial *La llamada de la Palabra* y que vienen a señalar todo un programa de actuación social desde los argumentos que nos da la Palabra de Dios proclamada en la liturgia dominical: 1) acoger y aliviar a los más pobres; 2) humildes para servir, acogedores, sencillos y agradecidos; 3) sembrar el bien; 4) la paciencia, virtud activa.

Después de un largo tiempo de confinamiento y que, en cualquier otro momento se puede repetir, hará falta que vayamos bien equipados. Forma parte del ejercicio de la caridad cristiana la creciente sensibilidad para detectar nuevas pobreza, sin dejar de atender las de siempre, siempre con la preocupación de por qué estas siempre están en el mismo lugar y no avanzan.

Acoger y aliviar a los más pobres querrá decir ayudarlos a salir de situaciones de indignidad o de descarte, haciendo posible, desde el trato humano y la ayuda espiritual un cambio de situación. Mantener la esperanza dará noticia de que esto es posible.

Ejercer la caridad y hacer gestos de solidaridad no ha de ser nunca ocasión para la autocomplacencia o el interés egoísta por darse a ver, sino todo lo contrario. Es el gran momento del servicio humilde y discreto, que sabe el porqué de su esfuerzo y cuál es el resultado que se propone. La celebración de la Eucaristía es el momento más apropiado para aprender el estilo humilde y solidario de Jesús en la fracción del pan, que con su generosidad hace posible que haya para todos y aún sobre.

Este tiempo es un tiempo de paciencia. Aquella paciencia del sembrador que ha hecho todo lo posible por sembrar bien y no fuerza el crecimiento de la semilla anulando etapas de maduración. La prudencia hace que todo se tenga en cuenta, y asegurar la salud de todos llega a ser esta virtud que Jesús tantas veces indica en el Evangelio, poniendo a los enfermos como una prioridad de su misión. Jesús, más que nadie, sabe lo que es curar a distancia.

SEBASTIÀ TALTAVULL ANGLADA

Centre de Pastoral Litúrgica

☎ Nàpols 346, 1 - 08025 Barcelona
☎ 933 022 235 ✉ cpl@cpl.es - www.cpl.es
wa +34 619 741 047

Director de la publicación: Xavier Aymerich

Año LII

Subscripción anual: 83,00 €

Precio de cada ejemplar: 5,20 €

Imprenta: Agpograf

ISSN 1887-8202 / D.L.: B.18.369-1975